

Stephen Mitchell

El segundo libro del Tao

Compilado y adaptado a partir del *Chuang-tzu*
y el *Chung Yung*, con comentarios

Traducción de Arturo Agüero Herranz



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Second Book of the Tao*

Esta edición se ha publicado por acuerdo con el autor

Primera edición: 2013

Primera reimpresión: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Stephen Mitchell, 2009. All rights reserved

© de la traducción: Arturo Agüero Herranz

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2013, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-7823-8

Depósito legal: M. 24.854-2013

Composición: Grupo Anaya

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Prefacio
- 17 Sobre la adaptación
- 19 El segundo libro del Tao
- 149 Notas
- 207 Notas a la adaptación
- 227 Bibliografía
- 229 Agradecimientos

*A Katie:
siempre*

Prefacio

«¿Un segundo libro del Tao? ¡Eso no existe! ¿Qué has hecho? ¿Sacarlo de la chistera?».

Bueno, pues sí, en el caso de que por *chistera* entendamos el tesoro de sabiduría escrita que es nuestra herencia común. Dentro de ese tesoro, nada hay más precioso que la sabiduría de los antiguos chinos.

Las selecciones de este libro se han adaptado a partir de dos antologías chinas probablemente compiladas entre los años 300 y 100 antes de Cristo: el *Chuang-tzu*, partes del cual fueron escritas por el sabio epónimo, el Maestro Chuang (h. 369-h. 286 a. de C.); y el *Chung Yung* («La armonía central»), que se atribuyó al nieto de Confucio, Tzu-ssu (h. 483-h. 402 a. de C.). He resumido esas antologías extrayendo de ellas los pasajes más frescos, claros y profundos. Frente a cada capítulo hay un comentario breve con intención de glosar el texto o complementarlo. He escrito los comentarios emulando el es-

píritu de Chuang-tzu, para quien nada –demostramos gracias– era sagrado.

El primer libro del Tao¹ (escrito por el quizá legendario Lao-tzu –también conocido como Lao Tse–) es el *Tao Te Ching*, ese prodigio de lucidez y elegancia, el manual clásico sobre el arte de vivir. Lo que yo quise crear aquí era una izquierda para su derecha, un yang para su yin, un volumen compañero y antimanual. El *Chuang-tzu* contenía el material perfecto para ello: profundo, sutil, con una audacia que logra ponerte los pelos de punta. Si Lao-tzu es una sonrisa, Chuang-tzu es una carcajada sonora. Es el payaso de lo Absoluto, la apoteosis de la incredulidad, el Coyote entre los bodhisattvas. Y el *Chung Yung* ofrecía una agudeza psicológica y moral de comparable hondura.

A los lectores que estén familiarizados con el *Tao Te Ching* pero no conozcan aún el *Chuang-tzu* ni el *Chung Yung* –o a quienes, tras hojearlos, se viesen desalentados por su irregularidad– les aguarda una sorpresa. Naturalmente, ya que los tres textos hablan del Tao que no puede expresarse, hay pasajes en *El segundo libro del Tao* que coinciden con el *Tao Te Ching*. Pero hasta esos pasajes tienen la virtud de impresionarlo a uno como revelaciones, como si algún explorador hubiese descubierto un caudal de manuscritos desconocidos de Lao-tzu enterrado en una cueva desierta. Y hay mucho que resultará enteramente nuevo: meditaciones sobre los sueños, la muerte, el lenguaje, el yo y el otro, hacer y no-hacer, el origen del universo, la absoluta relatividad de las cosas.

1. Lao Tse, *Tao Te Ching*, versión de Stephen Mitchell, Madrid, Alianza Editorial (El libro de bolsillo), 2013 (2ª ed.). [N. del E.]

Además de esas reflexiones, conocemos a un elenco de vívidos personajes, muchos de ellos humildes artesanos o sirvientes, que nos muestran lo que significa estar en armonía con las cosas tal y como son: el adiestrador de monos que cambia de método en su divertida, compasiva diplomacia; Ting, cocinero del príncipe Wen-hui, cuya concentración total eleva la carnicería al nivel de las artes interpretativas y más allá; Pien el ruedero, dispuesto a arriesgar la vida por enseñarle a un noble feroz que lo más valioso no se puede enseñar; Ch'ing el carpintero, cuyo soporte de campana es tan bello que la gente lo considera obra de un dios; y Chi Hsing-tzu, adiestrador de triunfadores gallos de pelea y virtuoso de la paciencia. También conocemos a filósofos y locos: Lieh-tzu, que tiene una íntima charla con una calavera; Hui-tzu, el epítome de la lógica y el decoro, amigo y rival de Chuang-tzu, hombre recto que sirve de contraste; el ridículo marqués de Lu, quien demuestra que la Regla de Oro puede no ser más que una proyección de la egolatría; y el Maestro Yu, quien, aun afligido por una grotesca deformidad, jamás pierde su buen humor ni el sentido de la gratitud. Finalmente, está el mismo Chuang-tzu. Lo encontramos en unas pocas historias y diálogos deliciosos, cuando se despierta (tal vez) del sueño de una mariposa, rehúsa el puesto de primer ministro, celebra la muerte de su querida mujer o examina la utilidad de lo inútil y la felicidad de los peces.

A Chuang-tzu lo han llamado anarquista místico, y es cierto que en ocasiones sus palabras tienen un sabor inconformista que parece ponerlas en desacuerdo con la preocupación de Lao-tzu por un gobierno ilustrado. Dada la mínima traza de control, Chuang-tzu ofrece un

mundo entero de irreverencia y subversión. Pero, si miras más de cerca, verás que no es un místico ni un anarquista. Es sencillamente alguien que no se adhiere a ninguna construcción mental sobre la realidad, alguien que vive como la acción sin esfuerzo y la paz de corazón, porque se ha liberado de sus propias creencias. Lo que él subvierte es el pensamiento convencional, con sus jerarquías de juicio, sus *pros* y *contras*, *mejores* y *peores*, *dentro* y *fuera*, y su falsa ilusión de que la vida es arbitraria, injusta y, de algún modo, no lo bastante buena. Aprende cómo gobernar tu mente, dice Chuang-tzu, y el universo se gobernará a sí mismo. En esto concuerda incondicionalmente con Lao-tzu y con el meticuloso Tzu-ssu, para quienes la atención al yo más recóndito es el camino derecho hacia una sociedad justa.

Una de las cualidades que más valoro en Chuang-tzu es su sentido de lo espontáneo, lo incapturable. Así resulta fácil seguir sus huellas. Ya que no existen huellas, todo cuanto puedes seguir es lo que él mismo siguió: el Tao. Poseía la confianza de que, al ser fiel a su propia perspicacia, estaba siendo fiel a su maestro Lao-tzu. No había nada que decir ni modo alguno de decirlo, y sin embargo tenía que ser dicho. Como un poeta zen descendiente suyo escribió más de mil años después:

La luna flota sobre los pinos
mientras te sientas en la veranda al aire fresco del atardecer.
Las yemas de tus dedos se mueven ligeras sobre la flauta.
La melodía es tan linda que hace llorar a quienes escuchan.
Pero la flauta de la sabiduría no tiene agujeros
y su música antigua y clara se encuentra más allá de la emoción.

No trates de tocarla siquiera
a no ser que logres crear el gran sonido de Lao-tzu.

¿Qué podría ser más inútil que una flauta sin agujeros? Aun así, si comprendes, la colocas en tus labios y la música antigua y clara surge por sí misma. Si Chuang-tzu hubiese creído que era preciso estar a la altura de algo, el temor le habría impedido incluso probar. No había que estar a la altura de nada. Sólo había una pasión por lo genuino, una fascinación con las palabras y una conciencia firme de que los antiguos Maestros siguen vivos y gozan de buena salud en la mente que no sabe ninguna cosa.

Sobre la adaptación

Los textos que aparecen a mano izquierda en las páginas de este libro no son traducciones; son adaptaciones, a veces muy libres. Puesto que no sé chino, he estado completamente en deuda con la labor de tres generaciones de eruditos y traductores. Para el *Chuang-tzu*, la versión de Burton Watson fue la que resultó más útil a mis propósitos, pero también estudié las traducciones completas de Victor H. Mair, Martin Palmer y Richard Wilhelm, las parciales de A. C. Graham, Sam Hamill & J. P. Seaton y David Hinton, así como la versión libre de Thomas Merton. Para el *Chung Yung*, he utilizado las traducciones de Ku Hungming, Andrew Plaks y Ezra Pound.

«Chuang-tzu no sólo es un filósofo notable», dijo Octavio Paz, «sino un gran poeta». Aunque el *Chuang-tzu* y el *Chung Yung* estén escritos en prosa, cuarenta y nueve de mis capítulos van en verso, pues enseguida se hizo evidente que el verso me permitiría escribir un inglés

más lírico y epigramático. He sido especialmente libre en esos capítulos, y a veces he ampliado, resumido, parafraseado, improvisado, cambiado imágenes y sentidos, con el fin de crear una música en inglés que pareciese genuina a mi oído interno.

En trece de los capítulos en prosa me he ceñido más al texto original, si bien incluso ahí mis frases se alejan ocasionalmente en sus propias direcciones. (Dos de los capítulos en prosa –27 y 31– son variaciones libres sobre temas originales de Chuang-tzu). En las Notas a la adaptación he añadido un número de pasajes traducidos más literalmente, para que se cotejen.

Al igual que en mi versión del *Tao Te Ching*, los capítulos que describen al Maestro alternan entre «ella» y «él». En chino, el pronombre personal es de género neutro; en inglés hemos de elegir. Ya que todos somos, potencialmente, el Maestro –ya que el Maestro es, esencialmente, nosotros–, parecía absurdo e irrespetuoso presentarlo al lector con un arquetipo masculino.

Mi intención original era hacer un libro de ochenta y un capítulos, como el *Tao Te Ching*. Pero tras mucho buscar y examinar, no encontré ochenta y un pasajes de la mayor calidad. Así que en vez de 81 (9^2 o 3^4) me decidí por 64 (8^2 o 4^3) capítulos. De esta forma, el número no era totalmente arbitrario; y mientras que 81 encierra en sí una peculiar elegancia, lo mismo ocurre con 64. Aparte de sus arcanas propiedades matemáticas, es el número de hexagramas del *I Ching*, el número de casillas de un tablero de ajedrez, el número de posiciones sexuales del *Kama Sutra* y el único número de dos dígitos que protagoniza una canción de los Beatles.

El segundo libro del Tao

1

Lo que se nos otorga al nacer
se llama naturaleza humana.
La realización de la naturaleza humana
se llama el Tao.
El cultivo del Tao
es la forma más profunda de aprendizaje.

El Tao es el modo como son las cosas,
del que no puedes alejarte
ni siquiera por un momento.
Si pudieras alejarte de él,
no sería el Tao.
Así pues, la Maestra
mira dentro de su propio corazón
y respeta lo que no se ve ni se oye.

Nada es tan manifiesto como lo oculto;
nada es tan obvio como lo invisible.
Así pues, la Maestra
presta atención a cuanto sucede
dentro de su yo más recóndito.

COMENTARIO

Creemos saber qué es la naturaleza humana, pero ¿y si nuestras presunciones más queridas estuviesen equivocadas? ¿Y si todo sufriendo fuera consecuencia de pensamientos confusos? Esto cambiaría un poco nuestro paradigma.

Nacemos al descubierto, en la vasta mente vacía de significado. Más allá del pensamiento, de las cosas, sólo existe la realidad. La naturaleza humana no necesita realizarse, ni tampoco necesitamos cultivar lo que ya es perfecto. Una vez que lo reconozcamos, volvemos al origen de todas las cosas. Nunca hay un movimiento hacia allá o en la distancia. Permanecemos donde siempre hemos estado, pero ahora lo sabemos, como por primera vez.

Alejarse del Tao puede ocurrir sólo en la mente; es una ilusión que se transforma en nuestra realidad. Aunque de hecho vivimos en lo que es, nos creemos dentro de lo que no es. Aunque cualquier aparente desvío es el sendero, acabamos perdidos en nuestros vagabundeos imaginarios. Por eso, si nos interesa la libertad, no existe cosa más dulce que cultivar, cultivar: descender, con paleta y azada, a la tierra rica en pensamientos de nuestra mente.

Se trata sólo de prestar atención a cuanto sucede en el interior de nuestro yo más recóndito, hasta que lo que no puede verse ni cuestionarse sea tan obvio como lo visible. Cuando la mente se libera de sus pensamientos, llega a su propia realización.

Antes que el pesar, la ira,
el anhelo o el miedo surjan,
estás en el centro.
Cuando esas emociones aparecen
y sabes cómo ver a través de ellas,
estás en armonía.
Ese centro es la raíz del universo;
esa armonía es el Tao,
que alcanza a todas las cosas.

Una vez que encuentras el centro
y obtienes armonía,
el cielo y la tierra ocupan su lugar adecuado
y todas las cosas plenamente se nutren.

COMENTARIO

Este capítulo versa sobre salvar al mundo. Salvas al mundo cuando te salvas a ti mismo. (No hay nadie más a quien *puedas* salvar). Volver al centro es, pues, un acto de infinita bondad.

No ocurre nada malo con el pesar, la ira, el anhelo o el miedo; una emoción dolorosa es una mera señal de que has abandonado el centro. Cuando estás en paz, todo está en paz. Lo que pareció una cacofonía, se torna la música de las esferas: una *suite* para la mente no acompañada.

Viviendo en armonía con el modo como son las cosas, la mente halla su centro en cada lugar y su circunferencia en ningún sitio. La parte se convierte en el todo; lo que es se convierte en lo que debería ser. El cielo ocupa su adecuado, su *único* lugar: en la tierra.

El gran Tao no puede nombrarse,
el gran discernimiento no puede verse,
la gran benevolencia no es mansa,
la gran modestia no es sumisa,
el gran coraje no es agresivo.

Cuando de verdad comprendes
el Tao que no puede nombrarse,
quedas arraigado en el no-saber.
Esto se llama «resplandor interno».
Añádele, y nunca está lleno;
quítale, y nunca merma.
¿Quién puede decir de dónde procede?
Es el tesoro inagotable.

COMENTARIO

¿Quién lo llamó «el Tao» en primer lugar? Me gustaría hablar con ese tipo. Me gustaría decirle cuatro verdades. El Tao. El Camino. Imagínate: ¡nombrar lo innombrable! Quizá en su momento pareció una idea ingeniosa, pero condujo a complicaciones sin fin. Casi enseguida, la gente estaba buscando por todas partes el Camino. Los intelectuales empezaron a calentarse los sesos debatiendo si existía o no, o si tal vez existía y no existía, o si de hecho ni existía ni no existía. Los eruditos escribieron mamotretos, con caracteres empañados en tinta negra, para demostrar que el Camino iba por este lado o por aquél. Los moralistas determinaron lo que está en el Camino y lo que está fuera, dilucidando hasta el ínfimo pormenor qué debemos hacer exactamente para no extraviarnos. Así nació el taoísmo. Pero todo «-ismo» es un pasmo. Es una noticia ya vieja: un exoesqueleto del que la verdad viva ha pasado adelante.

El Tao que no se puede nombrar es la inteligencia del universo: todo lo que está sucediendo ahora mismo. La mente que advierte eso es la mente que no-sabe, la cual está abierta a todas las posibilidades porque no cree en sus propios pensamientos. ¿Habría que decir algo más? Sólo que existe un resplandor en torno a las personas asentadas en las profundidades del no-saber. Puedes verlo en sus ojos. No depende de lo que suceda o no suceda. Han encontrado el tesoro inagotable, en el lugar más obvio de todos.